

De rentistas e inversores

JUAN ANTONIO FRANCO OLIVAN

Lo que está ocurriendo en la economía desde enero de 1992 ya no viene en los libros. La libre circulación de capitales, que comenzó a hacerse efectiva en esa fecha, ha introducido en las relaciones entre países, entre sectores, empresas y hasta en las más íntimas decisiones económicas de los individuos un elevado grado de incertidumbre y volatilidad. Podríamos decir, con Paul Valéry, que, desde el 92, el futuro ya no es lo que era. Las telecomunicaciones, la electrónica, los ordenadores son las autopistas sobre las que circula cada día más de un billón de dólares en pocos segundos, a la velocidad de la luz. Un billón de dólares es tanto como decir dos veces el total de nuestro Producto Interior Bruto lanzado al vértigo con la simple presión de una tecla de plástico. Esa enorme masa de dinero está compuesta por los recursos acumulados de centenares de fondos de pensiones, de inversión, el producto de los movimientos de las importaciones y exportaciones, y una masa no determinada de capitales netamente especulativos. Y el motor encargado de la propulsión es algo tan sutil, tan humano y, al mismo tiempo tan fríamente calculado, como es la ambición de obtener la máxima rentabilidad con la que retribuir y garantizar los ahorros y las pensiones de miles de inversores y jubilados.

También, por supuesto, engordar la cuenta corriente de los especuladores natos, como es el

caso del famoso mister Soros. Pero es la adherencia de la ganga inerte e inevitable. Ya se comprende que el impacto de este gigantesco meteorito fiduciario lanzado a velocidades supersónicas sobre la economía de cualquier país, sobre cualquier economía, o cualquier moneda, título o valor, produce efectos devastadores. El último ejemplo lo tuvimos en el verano del 93 cuando las monedas del Sistema Monetario Europeo recibieron la irresistible presión del meteorito. El resultado fue la sangría de las reservas exteriores de algunos Bancos centrales con la pretensión, que resultó baldía, de salvar la integridad de sus monedas. Un rosario de devaluaciones y la dinamitación del Sistema Monetario Europeo se hizo inevitable el 2 de agosto de 1993. Porque eso y no otra cosa significó la ampliación de las bandas de fluctuación hasta un máximo del 30 por 100. Se ponía así en entredicho la virtualidad de una pieza fundamental del Tratado de Maastricht y, por tanto, el valor del Tratado mismo.

«Las telecomunicaciones, la electrónica, los ordenadores son las autopistas sobre las que circula cada día más de un billón de dólares en pocos segundos, a la velocidad de la luz.»

Rotos los lazos disciplinarios que imponía el mantenimiento de las anteriores bandas de fluctuación, cada país miembro de la CE pudo dedicar más atención a sus propios problemas, y actuar libremente

sobre los tipos de interés cuya evolución hasta ese momento no tenía otro objetivo que sostener la cotización de la moneda. Pudo así comenzar la carrera de

reducciones de los tipos de interés hasta ese 8 por ciento en que se cifra actualmente el precio oficial del dinero en España, una medida que estaba esperando como agua de mayo la economía maltrecha en el túnel de la crisis.

Curiosamente, el meteorito fiduciario, con su ciega acción especulativa, obligó a las autoridades económicas a rectificar una política económica basada en altos tipos de interés capaces de captar la necesaria financiación de un déficit público desbocado, trasladando el esfuerzo de la lucha contra la inflación a la política monetaria y a la baratura de las importaciones. Ello permitió relajar la disciplina salarial, que no conocía la palabra moderación y dar satisfacción sin tasa a las demandas sociales a través de un gasto público cuya financiación, en último extremo, estaba asegurada con una peseta apuntalada por los altos tipos de interés. Lo que pasaba es que los efectos secundarios de esa política estaban produciendo estragos en el cuerpo real del país, pues además de la ilusión monetaria típica de la ciudad alegre y confiada en pleno disfrute del Estado del Bienestar, la desertización avanzaba implacable en el tejido industrial del país, inundado de productos y servicios extranjeros, y la exportación se estaba convirtiendo en un sueño inalcanzable. De manera que la rectificación forzada por el meteorito, cuyo ataque se produce porque no le cuadraban las cuentas de la economía española y la peseta reflejaba ese estado contable nacional, ha tenido la virtud de reconducir la política económica por senderos más racionales. Con los tipos de interés bajando y con la peseta en su valor más acorde con la realidad de nuestro potencial económico, se han puesto las bases necesarias, aunque no suficientes, para iniciar un camino que puede conducir a la salida del túnel de la crisis.

Claro que también la nueva medicina tiene sus efectos secundarios, porque pasar de la ilusión monetaria a la dura realidad de vivir de acuerdo

«Rotos los lazos disciplinarios que imponía el mantenimiento de las anteriores bandas de fluctuación, cada país miembro de la CE pudo dedicar más atención a sus propios problemas.»

con nuestras posibilidades no es agradable.

Tenemos que reducir los gastos porque ya la financiación del déficit es cosa nuestra, y nuestro ahorro interior no da para pagar tantas facturas. También corre a cargo de

nuestro esfuerzo la lucha contra la inflación, porque los precios ya no reciben el efecto reductor de unas importaciones más baratas (petróleo, por ejemplo), y la moderación salarial para ganar competitividad es ahora el eslogan más repetido.

Es nuevo un panorama que afecta también al ahorrador de a pie, acostumbrado hasta ahora a los altos rendimientos de sus depósitos, deuda pública y cuentas de ahorro. Ha pasado a la historia la figura del ahorrador/rentista y está naciendo el ahorrador/inversor. Pero no está resultando un parto fácil. Hasta ahora el camino más transitado es el de la inversión colectiva, porque se confió a los profesionales la tarea de obtener, no ya el rendimiento del pasado reciente, sino el mínimo necesario para, al menos, compensar la erosión de la subida de los precios y la parte que corresponde a un conocido socio que responde al nombre de fisco. Tarea hartó difícil por cuanto la lucha contra la inflación se adivina larga y dolorosa y la presión fiscal parece imparable.

Está presente además el famoso meteorito fiduciario. La libertad de movimientos de capitales sigue presente, y aunque no con efectos tan espectaculares como los del 2 de agosto del 93, sigue cada día más sensible y escurridizo. Hoy la aldea global de los mercados es una realidad tangible, y un botón de ordenador de Wall Street deja en papel mojado la modesta inversión de un barandillero de Madrid o la fastuosa operación de ingeniería bursátil del más afamado broker. Es, en todo caso, el precio de pasar de la ciudad alegre y confiada a la globalización de las relaciones humanas, no sólo de la economía. Estamos, señores, en la era de la competitividad.